

LA CULTURA DEL CUENTO Y EL CUENTO DE LA CULTURA EN EL CARIBE COLOMBIANO

Jairo Mercado Romero¹

Los problemas económicos, sociales y raciales que surgieron durante la conquista del Nuevo Mundo persisten todavía. La conquista, por tanto, es en el sentido más amplio un pasado con vida.

Lewis Hanke

Tengamos presente que nuestro Pueblo no es el Europeo, ni el Americano del Norte, que más bien es el compuesto de África y de América, que una emanación de la Europa... Es imposible asignar con propiedad, a qué familia humana pertenecemos. La mayor parte del indígena se ha aniquilado, el europeo se ha mezclado con el Americano y el Africano, y éste se ha mezclado con el indio y con el europeo. Nacidos todos del seno de una misma madre, nuestros padres diferentes en origen y en sangre, son extranjeros, y todos difieren visiblemente en la epidemia; esta semejanza tiene un reato de la mayor trascendencia.

Simón Bolívar

"Discurso ante el Congreso de Angostura"

Febrero 15 de 1819

Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales.

El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza.

José Martí

"Nuestra América"

*Te hago el relato de estas cosas ahora,
cuando todos han muerto.*

*Cuando ya solamente la memoria
es río, cosecha, solitaria espuma de patios,
trinos que se deshacen en el calor
mientras dulces mujeres
pulan bajo las hojas, en la tarde,
frente a tuestos de orégano.*

*Ahora todo es lejano
pues ha ido cayendo blandamente de nosotros
como un poco de arena de una mano.*

Héctor Rojas Herazo

«INVENTARIO A CONTRALUZ»

Una vez se descubre el telón del descubrimiento de América y se escenifica el áspero episodio del encuentro inicial y la posterior ocupación del territorio, exploración y explotación de los recursos de las islas y tierra firme, tres pueblos, tres edades y tres maneras de ver el mundo se entrecruzan. De un lado, los aborígenes que habían llegado al continente en oleadas migratorias desde hacía más de 20 mil años y a partir de entonces habían

perdido el contacto con sus antepasados originales; de otro, los europeos que sabían de la fundición de metales, del uso de las armas de fuego, la domesticación de animales, la escritura y los refinamientos de la convivencia urbana y de las formas más avanzadas de la organización estatal y de las relaciones de producción económica; y, por último, los negros del África tropical quienes mantenían fluidos vínculos con las naciones euroasiáticas, y por lo tanto compartían con ellas experiencias en la forja del acero y el uso de herramientas para la paz y para la guerra, eran experimentados ganaderos y agricultores, para muchos de ellos no era ajeno el aire de las ciudades y no eran pocos los que llegaron leyendo la Biblia y abrevando en el Corán las enseñanzas del profeta, pero que por causa de la estructura tribal de vida y de poder

1. Ensayo tomado de la primera parte del libro *Antología del Cuento Caribeño*, en donde el profesor Mercado hace una íntima presentación de lo que ha sido el proceso literario e intelectual en el Caribe Colombiano. El libro fue publicado por el Fondo Editorial de la Universidad del Magdalena.



vivían en pugnas con sus vecinos y eran frágil presa de la dominación extranjera.

LOS TAÍNOS Y LOS HIJOS DEL CIELO

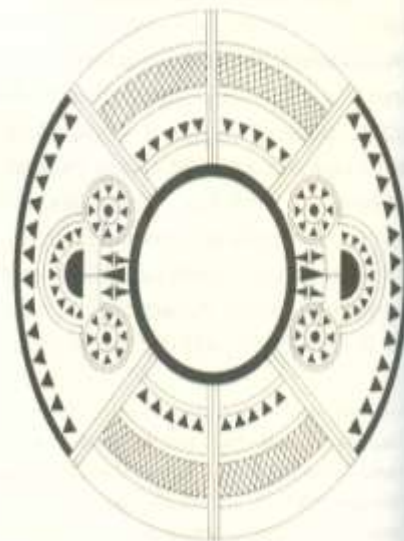
Inmediatamente tomó posesión de la isla de Guahananí en nombre del rey y de la reina de España, Cristóbal Colón se percató de que estaba delante de unos mansos y hospitalarios aborígenes, los taínos, que eran agricultores, pescadores, cesteros, cazadores y realizaban navegación de cabotaje por las islas próximas en troncos que ahuecaban con suma destreza, y de que con seguridad vivirían disfrutando el alba del paraíso terrenal si no fuera por el terror y la zozobra a que los tenían sometidos unos prójimos que llevaban un solo ojo en la frente y cuya cabeza terminaba en hocico y dientes parecidos a los de los perros, quienes en las expediciones punitivas que efectuaban sobre sus territorios, si nos atenemos a su *Diario de a bordo*, «comían los hombres y que en tomando uno lo degollaban y le bebían su sangre y le cortaban su natura».² El navegante genovés apenas comentario hace el registro de la noticia.

Tales malhechores y sanguinarios vecinos eran los caribes o caribes, más aficionados a los oficios de la guerra que a las industrias de la paz, tan poco abnegados para los quehaceres sencillos de la vida doméstica como voluntariosos para la rapiña de los bienes ajenos, la esclavización de los otros y el rapto de las mujeres de sus víctimas. En esos términos se lo declararon al almirante. Y él tomó atenta nota en su libro de bitácora y consignó que los nativos creían que él y sus soldados no venían de otra tierra sino que habían bajado del cielo y les palpaban los cuerpos para convencerse de que no estaban hechos de carne y hueso y no eran pobres mortales como ellos; les prodigaban toda clase de comidas y bebidas y les rogaban que se quedaran a vivir para siempre en sus dominios y les ofrendaban con largueza sus hijas y sus propias mujeres con el santo anhelo de fundar una raza de hombres celestiales que los librarán del terror de sus vecinos.

Es bien sabido que Cristóbal Colón no buscaba una ruta hacia el Asia por el occidente en viaje de placer ni en misión religiosa ni mucho menos altruista. Era hombre de mar, aventurero como los hijos de la mar, y de mentalidad abierta a los negocios como correspondía a un hombre del renacimiento. Había comprado y surtido sus carabelas con préstamos de inversionistas privados y por medios lícitos y no lícitos se procuraba el oro de los aborígenes y no perdía el tiempo en nada que no le representara ganancia con el futuro comercio de especias, el aprovechamiento de las tierras y los bosques y la fuerza de trabajo de los mismos nativos.

Entretanto los taínos no le daban más muestras que de mansedumbre y solidaridad, hasta el punto que en la madrugada del 25 de diciembre de ese mismo año, luego que la Santa María encalló en un arrecife al extremo noroeste de La Española, Colón lloró inconsolable y los isleños lloraron con él y ayudaron a descargar la nave sin que se perdiera «ni la punta de un cordel», por lo que consignó conmovido en su libro de bitácora, dirigiéndose al rey Fernando y a la reina Isabel:

Son gente de amor y sin codicia y convenientes para toda cosa, que certifico a Vuestras Altezas que en el mundo creo que no hay mejor gente ni mejor tierra: ellos aman a sus prójimos como a sí mismos,



² Cristóbal Colón, *Diario de a bordo*. Real Editorial Iberoamericana. Bogotá, 1992. Página 89.



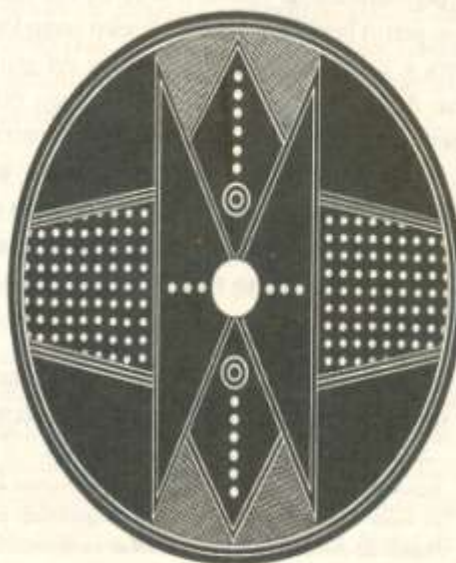
y tienen un habla la más dulce del mundo y mansa, y siempre con risa. Ellos andan desnudos, hombres y mujeres, como sus padres los parieron. Mas, crean Vuestras Altezas que entre sí tienen costumbres muy buenas, y el rey muy maravilloso estado, de una cierta manera tan continente que es placer de verlo todo.³

Lo que sucedió hasta aquí a Colón y sus soldados con las gentes de las islas que iban encontrando parecía asunto de maravilla, tanto que por momentos se siente uno transportado a la primera mañana del paraíso terrenal o ante las páginas de un cuento de hadas, en el que el príncipe de un reino lejano cabalga hasta el palacio encantado y con el hálito de su beso despierta de un largo sueño a una casta doncella y por artes de magia los súbditos de la corte y las cosas que yacían en un profundo sueño recobran el calor, el color y la vida y el príncipe se desposa con la núbil princesa que resulta ser la bella durmiente del bosque. Pero de pronto un brusco incidente interrumpe el idilio del primer encuentro. Ocurrió que en su viaje de regreso a España, el almirante dejó a treinta y nueve soldados custodiando el fuerte de Navidad en la isla Española, y los hombres en ausencia del jefe salieron a batir el campo y sometieron a los indígenas a los más crueles tributos, como que los obligaban a traerles cascabeles llenos de oro y a los que no cumplían les cortaban las manos y no contentos con estas atrocidades, les derribaron los ídolos de sus altares y les quemaron sus templos y saquearon sus enterramientos, les prohibieron sus ritos y les violaron sus mujeres. Así que con el fin de poner término a tanta maldad, «las gentes de amor» acabaron matando a quienes en los días iniciales del descubrimiento habían tomado por los «hijos del cielo».

Ahí mismo sin pensarlo dos veces, Cristóbal Colón con sus 17 navíos y sus cerca de 1.500 hombres, desató sobre la población indígena lo que con el tiempo llegó a ser el más espantoso etnocidio que haya conocido la humanidad. Sin averiguar la realidad de lo que había pasado ni esperar res-

puesta de su demanda ante la Corte, la declaró salvaje y antropófaga y no merecedora de otra suerte que el despojo, la esclavización y el escarmiento. Por donde pasaba con sus tropas sembraba el terror abriéndoles los vientres a cuchillada nada más que por gusto, pisoteándolos con los cascos de sus caballos, barriéndolos por centenares a tiros de morteros y lombardas y a los que escapaban los perseguía con sus fieros lebreles que los despedazaban y se los comían y a los que no conocían otra cultura que la del ocio, los sometían a intolerables jornadas de trabajo. Sobre este tópico, conviene mejor ceder la palabra a la pluma intensa aunque cargada de cierto ademán apocalíptico de fray Bartolomé de las Casas:

Los cristianos con sus caballos, espadas y lanzas comienzan a hacer matanzas y crueldades extrañas en ellos. Entraban en los pueblos, ni dejaban niños, ni viejos, ni mugeres... Hacían apuestas sobre quién de una cuchillada abría el hombre por medio, o le cortaba la cabeza de un piquete, o le descubría las entrañas. Tomaban las criaturas de las tetas de las madres por las piernas y daban de cabeza con ellas en las peñas. Otros daban con ellos en los ríos por las espaldas... Otras criaturas metían a espada con las madres juntamente, y todos cuantos delante de sí hallaban... Hacían unas horcas largas, que juntasen casi los pies a la tierra, y de trece en trece, a honor y reverencia de nuestro Redentor y de los



3 Cristóbal Colón, *Diario de a bordo*, Red Editorial Iberoamericana, Bogotá, 1992. Página 89.

doce Apóstoles, poniéndoles leña y fuego los quemaban vivos. Otros ataban o liaban todo el cuerpo de paja seca, pegándoles fuego y así los quemaban. Otros... cortábanles ambas manos y de ellas llevaban colgando y decíanles: anda con cartas, conviene a saber, lleva las nuevas a las gentes que están huidas por los montes... Y porque toda la gente que huir podía se encerraba en los montes y subía a las tierras, huyendo de hombres tan inhumanos... Enseñaron y amaestraron lebreles, perros bravísimos, que en viendo un indio lo hacían pedazos en un credo...⁴

LOS CARIBES, LA TRATA DE ESCLAVOS Y LA GUERRA EN TIERRA FIRME

Lo que siguió a la desolación de las islas de las Antillas fue el traslado del teatro de la guerra a los pueblos de tierra firme. El primero en costear el continente fue también Cristóbal Colón, que por supuesto siguió creyendo que había tocado navegando al oeste el extremo oriente, las mismas fronteras del imperio de Catay, la Catay de Kublai Khan, adonde dos siglos atrás había estado su compatriota el navegante veneciano Marco Polo. Acá igualmente el paisaje estaba infestado de los fieros e indómitos caribes, y como el almirante que era también un hombre medieval creía que el latín era la lengua ecuménica y la madre y raíz de todas las lenguas, decidió que el vocablo caribe o cariba era degeneración de caniba, o al revés, (de can, canis, perro) bestia con cabeza y hocico como los perros y, de otra manera, descendiente del gran Khan de la China. Así, con una acepción del vocablo justificaba la guerra de destrucción contra los salvajes antropófagos que se resistían a la empresa bienhechora de la civilización cristiana y con la otra tranquilizaba a los prestamistas que esperaban compensar sus riesgos con las especias orientales.

En las postrimerías del siglo XV y en el despuntar del siguiente empiezan a recorrer la franja costera

4 Bartolomé de las Casas, *Breve relación de la destrucción de las Indias occidentales*, citado por I. P. Maguidóvich, en *Historia del descubrimiento y exploración de Latinoamérica*. Editorial Progreso, Moscú, (s.f.). Página 121.

de América del Sur desde el golfo de Paria en la costa venezolana hasta el golfo de México, los navegantes Peralonso, Américo Vespucio, Rodrigo de Bastidas, Juan de la Cosa, Cristóbal Guerra, Alonso de Ojeda, los hermanos Pedro y Alonso de Heredia, Diego de Nicuesa, Pedrarias Dávila, Martín Fernández de Enciso, Fernández de Cordova, Vasco Núñez de Balboa, más en plan de rapiña y de saqueo que de organización del gobierno y evangelización de los pobladores del territorio. Su afán se reducía a la apropiación de perlas, oro, palo de Brasil y al secuestro de indios para venderlos como esclavos en España y en el archipiélago antillano en donde la rudeza de la conquista había ya aniquilado casi toda la población indígena. La presencia de estos navegantes y sus tropas, especialmente después que don Rodrigo de Bastidas obtuvo por decreto real de 1503 permiso para matar y reducir a la servidumbre a los «canibales», trituro para siempre la geografía humana de esta área del continente (caiquetios, guajiros, kocinas, taironas, koguis, guanebucanes, bondas, chimilas, kalamaries, turbacos, zenúes, urabás, kunas, moskitios, y los mayas de Chiapas, Tabasco y Yucatán, y otros centenares de comunidades), y los que no fueron exterminados o llevados en condición de esclavos para «sacarlos del estado de inhumanidad», como recomendaba Colón, a las Antillas o a España, huyeron al desierto, se internaron en zonas pantanosas y en las alturas inaccesibles de las serranías, o se sometieron dócilmente al designio de los pacificadores.

Nunca se sabrá a ciencia cierta la cifra exacta de la población americana en los umbrales del descubrimiento. Los cálculos oscilan entre los 100 y los 25 millones, estimativos extremos a nuestro juicio. Una cifra que guarde algún equilibrio estimaría ese volumen de población en 50 millones, que en vez de llevar un crecimiento progresivo fue diezmada en algunos casos hasta el límite de la extinción, incluso en el periodo de la república. En las Antillas y en el litoral vecino de tierra firme que cubre un área aproximada de 2'640.000 kilómetros cuadrados, hacia 1595 los nativos apenas se acercaban al medio millón de una población que al principio de la conquista era superior a los cinco millones de habitantes; en otros términos, había



declinado en más del 90%. Si damos crédito a las apreciaciones de Germán Colmenares, apoyadas en Juan López de Velasco, por el año de 1503 la población de algunas regiones de la costa de la actual Colombia era de 250 mil habitantes.

A raíz de que durante casi medio siglo este vasto conjunto físico que empezó a conocerse ya con el toponímico de Caribe fue tierra de nadie, sin ley, sin Dios y sin Santa María, padeció la más aterradora crisis demográfica entre las nacionalidades indígenas de América; y como la tierra en sí misma por muy feraz y fecunda en sí misma carece de valor si no hay manos que la trabajen; y como además los soldados de la conquista y sus señores no eran tan aficionados a las labores del campo, hubo necesidad de acudir a la trata de esclavos. Según Jorge Luis Borges fue la compasión filantrópica del padre Bartolomé de las Casas por la tragedia de la extinción del indio, lo que determinó la importación de negros para que vinieran a extenuarse en «los laboriosos infiernos de las minas de oro antillanas». En todo caso, el trabajo de los africanos mitigó la aterradora crisis demográfica indígena que desencadenó el proceso de la conquista española en América y que no termina ahí, pues se agudiza y quizá empeora con la presencia de expedicionarios y colonizadores alemanes, portugueses, ingleses, franceses y holandeses a lo largo de los siglos siguientes.

La trata de esclavos por entonces era el pingüe negocio de los traficantes ingleses, portugueses y holandeses que compraban las llamadas eufemística y cínicamente piezas de ébano, a cazadores y aventureros, no pocos por cierto de las tribus rivales, y las embarcaban en la sentina de los buques negreros desde sus patrias de origen en Guinea, Gambia, Senegal, Sierra Leona, Costa de Marfil, Costa de la Pimienta, Costa de Oro, Benin, Costa de los Esclavos, Golfo de Biafra, Angola y Mozambique, hasta los puertos de La Habana, Cartagena, Portobelo, Veracruz, etc., adonde eran puestos en subasta como el ganado. De ahí eran despachados a los ingenios azucareros de Cuba, Haití, Santo Domingo, Puerto Rico y las Antillas Menores, a las minas de plata de México, a las haciendas ganaderas de la Costa Atlántica y del



Valle del Cauca y a las minas de oro y platino de Antioquia, el Cauca y Chocó en lo que hoy es Colombia. Desde 1505, cuando el rey Fernando autoriza el primer cargamento de esclavos a las Antillas, hasta 1888 año del término de la trata negrera –Brasil y Cuba son los últimos países en abolirla–, si se admiten los cálculos de Gutiérrez Azopardo, ingresaron 15 millones de esclavos al continente, la mayoría varones, en proporción abrumadora, y preferentemente niños, adolescentes y jóvenes. Procedían de multitud de tribus o castas agrupadas en numerosas familias lingüísticas, poseían los más variados rasgos físicos, desiguales niveles de cultura y costumbres, algunas de las cuales eran los yorubas, hausas, lucumies, bambaras, ashantis, angolas, biafras, congos, mandingas, carabalies.

El capitalismo brotaba como una fuerza incontenible en Europa y requería del impulso de la matemática, de la astronomía, las ciencias experimentales, requería de capitales, de construcción de barcos de mayor calado y tonelaje y de la expansión de las rutas del comercio y de nuevos mercados de consumidores y, además, de mano de obra barata para el desarrollo de las fábricas y el crecimiento de las industrias nacientes. En este contexto histórico se produce el descubrimiento de América y surge ante los ojos ávidos de los descubridores el territorio de más de 40 millones



...la población negra de Colombia –señala Gisela Beutler representa el más importante exponente de la tradición oral de la poesía y la música españolas tradicionales, en contraposición a la población indígena que, respecto a los elementos de la cultura española, demuestra ser contraria a la tradición. Los esclavos negros –que fueron importados a Colombia como trabajadores para las haciendas de tierra caliente (las plantaciones de caña de azúcar, café y cacao) y para las minas de oro– vivían en estrecho contacto con sus amos y, en su calidad de sirvientes, tenían acceso a las casas señoriales. A causa de sus dotes musicales se apropiaron del patrimonio de canciones españolas de los siglos XVI y XVII y, debido a su notoria sociabilidad, lo transmitieron en forma arcaica, después de haber adquirido su liberación.⁶

RELACIONES INTERÉTNICAS Y MESTIZAJE: EL HOMBRE CARIBE

Expresos mandamientos legales prohibían a los españoles la residencia en el campo; entretanto los indios estaban excluidos de la ciudad, y si acaso esos espacios se transgredían, para los unos era el centro y para los otros los arrabales; diferentes eran los colegios en donde se impartía educación a los hijos de los peninsulares y los criollos, de las escuelas en donde recibían instrucción los descendientes de los caciques e indios principales; muy otra era la indumentaria del indio a las prendas que vestía su señor, como la hora de asistencia a los oficios religiosos y el lugar que ocupaba en el templo; y hasta en el ámbito de la muerte del cementerio, conquistadores y conquistados estaban obligados a guardar sus distancias. El imperativo de las leyes del estado y la moral religiosa privaban a los blancos del comercio sexual ilícito con las razas oprimidas, en tanto que a los negros les estaba terminantemente prohibido el trato de toda naturaleza con los indios, y viceversa. Las autoridades españolas castigaban esas relaciones por considerarlas peligrosas para el orden público, pues vivían temerosas de que los negros insurrectos

instigaran a los indígenas a la revuelta por la desobediencia de sus amos, por lo que en estas comunidades el recelo y la desconfianza eran recíprocos. A lo largo de la colonia, especialmente en las provincias de Tierradentro y el Caribe neogranadino, el peso opresivo de la pobreza y la incredulidad de los de arriba y la prohibición de las autoridades arrastró a los indios, negros esclavos y libres, zambos, mestizos y blancos, desertores de las leyes, a refugiarse en los montes y en el contacto con el mundo exterior y arrojarlos a las varias cancheros y rochelas, –como describe escrito Antonio de la Torre y Miranda– de sus adelantamientos ni aun de cubrirlos, y con la mayor desidia y poltronería en la embriaguez y otros vicios,⁷ o a ocupar zonas selváticas y pantanosas y en lugares inaccesibles de las serranías.

Sin embargo, más allá de las prohibiciones legales y morales y del aislamiento geográfico, de la hibridación de sangres, en la zona del Caribe se fue gestando un nuevo hombre. Rosemblat en su formidable trabajo sobre *La población indígena y el mestizaje en América* decía que en la expansión americana el mestizo hispano no le importaba tanto defender la pureza de la raza como la pureza de la fe cristiana, de la que España era campeona en el mundo, modo que si no lo juzgaba legal al menos era permisible saciar la urgencia de los deseos en unas mujeres, de las que don Juan de Castellanos, tan gozador de ellas en su edad, proclamaba: «amicisimas son de novecentas pocas salaces y lascivas». Esto al principio de la conquista. Al final del período colonial por las poblaciones que encontraba en

7 *Archivo de Indias, Proyecto del capitán Antonio de la Torre y Miranda sobre establecimiento de cuatro poblaciones de indios en el Golfo del Darién, Santa Fe 956, carta 104*. Moreno de Ángel, en *Antonio de la Torre y Miranda, Poblador*, Bogotá, Planeta, 1993. Página 40.

8 Juan de Castellanos citado por Ángel Rosemblat, *La población indígena y el mestizaje en América*, Bogotá, Planeta, 1993. Página 100.

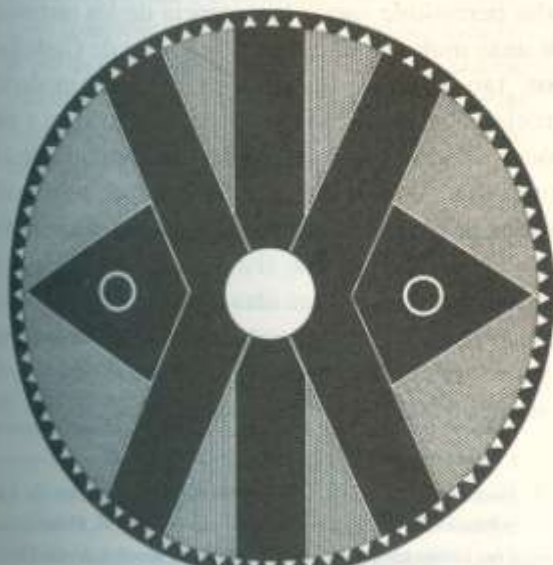
6 Gisela Beutler, *Estudios sobre el romancero español en*

trabajar para proveer el sustento de los encomenderos en el obraje del campo, en las minas o en las labores pastoriles y aún en sus casas de la ciudad, por determinados días de la semana, sin remuneración, a cambio de lo cual aquellos les proveían el pasto espiritual del catecismo y los rudimentos del alfabeto castellano. Así, perderían sus libertades primitivas pero ganaban los bienes inestimables de la cultura, las costumbres, los valores morales y las luces celestiales de la religión católica. A la renuncia al uso ancestral de la tierra y de sus libertades, agregarían con el tiempo el olvido de sus lenguas autóctonas, el abandono de sus hábitos de vida y de trabajo y de sus divinidades originales.

El sistema de encomiendas favoreció la política de sujeción de los naturales, como se les decía, al control del estado y a los programas de evangelización cristiana; no obstante en las postrimerías del siglo XVI se fue desmoronando por el abuso de los encomenderos y la escasa competencia de los encomendados para someterse a esa forma de organización laboral. El fracaso de la encomienda fue mayor entre los comunidades indígenas de la costa que en las andinas, éstas más dispuestas a la obediencia y a la recepción de los patrones de conducta del colonizador. En todo caso, la Corona se vio forzada a establecer el sistema de Resguardos, que en cierta forma, como lo señala Ots Capdequí, restituía «las primitivas costumbres jurídicas de los

indios», porque consagraba el trabajo colectivo bajo la dirección de las propias autoridades tribales en los antiguos términos comunitarios. Más pronto que tarde, las propiedades comunales y sus poseedores fueron objetos del despojo de la vieja casta de los encomenderos, especialmente en el Caribe, la que ensanchó y consolidó el poder sobre la tierra a costa de los territorios indígenas. De la usurpación de la mano de obra indígena y de sus pertenencias nació la clase de los hacendados y terratenientes que perdura hoy, al mismo tiempo que proliferaron las rochelas desde la época colonial.

El destino de los negros esclavos no fue mejor. Agregaban a aquellas mismas pérdidas, el extrañamiento del patrio solar. Como consuelo quizá experimentaron la cercanía de sus propietarios en las minas, en las haciendas, como obreros en las construcciones civiles, como soldados en las guerras de facciones, y como mozos de cordel y cocheros en el comercio, bogas en el río y criados de librea o damas de compañía en la casa de sus señores. De esas aproximaciones resultó un enriquecimiento recíproco. Abundan en obras de historia y de ficción latinoamericanas esas extrañas sintonías de afectos que había entre los niños blancos y sus criadas negras. Simón Bolívar revela que Hipólita, la nodriza que lo alimentaba con su leche nutricia estableció con él una relación paternal y maternal a la vez, explicable desde luego en un niño que perdió a sus progenitores en plena infancia; en *Maria*, de Jorge Isaacs, la conmovedora historia de Feliciano paralela a la narración central, no es más que una cálida semblanza de la niñez del autor al lado de la servidumbre familiar; autobiográficos son también la totalidad de los episodios de *Niño de ingenio*, de José Lins do Rego, y de más de un relato de Tomás Carrasquilla, por ejemplo «Simón el mago», en los que se exalta la fascinación que ejercen las fabulaciones de las criadas negras sobre unas almas infantiles. A su vez, el negro colmó su memoria y su imaginación con la infinidad de cuentos, leyendas y romances oídos de labios de sus amos españoles, y no sólo de estas expresiones sino de las maneras de urbanidad, del gusto y de los hábitos sociales de sus



de kilómetros cuadrados como el espacio idóneo para el establecimiento de grandes plantaciones.

No sé si el café y el azúcar son necesarios para la felicidad de Europa, señalaba Bernardín de SaintPierre en su *Voyage a l'île de France*, carta XII pero sí sé que estos dos vegetales han llevado la desgracia a dos partes del mundo. Se ha despoblado América para tener tierras para plantarlos; se ha despoblado África para tener una nación que los cultive.⁵

La pacificación y ocupación del vasto recinto de la América hispánica y, en particular del Caribe, fue una empresa heroica realizada por un pueblo que recién había cumplido la hazaña de reconquistar el último reducto de su geografía en manos de los moros y unificar las diversas provincias bajo la bandera del estado español. Los emigrantes venían de Andalucía, (37.7%), Castilla (26.7%) y Extremadura (14.7%) según cifras de Miguel Lucena Salmoral. La quinta parte restante procedía de Galicia, la Región Vasca, Asturias, Cataluña, Aragón y la Comunidad Valenciana, incluso de Portugal. Eran preferentemente soldados, mercaderes, funcionarios de todos los rangos, hidalgos, clérigos, monjas, comerciantes, artesanos, cierta carne de presidio, criados, damas de alto y bajo coturno, aventureros, campesinos en escaso número, pero eso sí la variopinta caterva de pícaros dada a toda suerte de vicios raheces. En el primer momento llegaron sólo hombres porque si bien es cierto que aquella era una aventura empresarial, ésta debió ir precedida de una campaña militar y, como se sabe, la guerra es el negocio de los hombres; y luego a medida que se despliega el proyecto de colonización, las mujeres empezaron a llegar en proporciones considerables, aunque siempre en desventaja numérica con relación a la población masculina. La política de poblamiento español concentra a los peninsulares en las ciudades, que se diseñan sobre el modelo geométrico de la ciudad española, con su plaza en el centro, el templo o residencia de Dios dominando la plaza y el paisaje urbano, y alrededor de la plaza como

símbolo de la centralización del poder e de gobierno, las autoridades militares y cía, la casa cural y las mansiones de las principales.

Las rígidas relaciones de dependencia indígenas y negros respecto de los encarnación éstos del poder colonial, im un sistema jerárquico piramidal en d representantes del gobierno en lo civil militar y las autoridades eclesiásticas dispuestos en el vértice superior, mien en la base se situaban las llamadas con eufemismo razas de color. La legislación costumbres impusieron desde temprano la e de cierta manera, de dos repúblicas i paralelas: la república de los españoles y la de los indios Por lo que parece, los negro confinados al limbo. Los españoles y luego criollas se movían en el ámbito de la ciudad donde controlaban los altos destinos del p los rangos militares superiores, las p eclesiásticas, los negocios de expor importación de mercancías, el comerci mayor y las grandes industrias, los bien las haciendas ganaderas, la educación a niveles y por lo tanto el ejercicio de las pr universitarias. La ciudad era el circui civilización, desde donde dimanaban l irradiaba la palabra escrita en los códigos textos de teología, en los volúmenes de l escolástica y en los títulos de propiedad

Los indígenas por fuerza de leyes origina Consejo de Indias fueron repartidos en o de encomendados a unos señores a quien pagaba con hombres y tierras los servicio dos a la Corona. Estas disposiciones insp la defensa apasionada que de ellos hizo B de las Casas y otros juristas y teólogos e atenuaban sobre el papel la sujeción a e de los primeros tiempos de la conquista ban a insertar a los nativos american espíritu de la civilización occidental y Los españoles no ponían en duda que su el único y verdadero Dios y el suyo era el los mundos posibles. Entonces estimaban justicia que los indígenas se compro

5 Bernardín de Saint-Pierre. *Voyage a l'île de France. Carta XII*, en *La esclavitud*, de Maurice Lengellé. Barcelona: Oikos-

nes del Magdalena, Alexander von Humboldt observaba: «Esta mezcla de indios y de negros es muy común en estas comarcas. Las mujeres de la raza cobriza sienten gran inclinación hacia la raza africana».⁹

Contra la letra de la ley y de los preceptos cristianos se impuso la fuerza de la costumbre. Indios, negros y blancos formaron una tan apretada urdimbre de sangres, que tres y más siglos después fue el mestizaje el más fuerte agente dinamizador de la sociedad iberoamericana. Sirvió de línea de conducción entre el vértice y la base de la pirámide. Acercó las distancias, niveló los abismos que separaban unas clases de otras, disolvió y concilió a la vez, fundió y homogeneizó tres vertientes étnicas diversas en una nueva amalgama humana, sin lo cual hubiera sido imposible la independencia de las colonias. Como queda dicho, la importación de africanos libró al indígena de una segura extinción y propició el desarrollo demográfico de la población española en América, al tiempo que conformó la soldadura que galvanizó los estratos altos y bajos, el país letrado y el país ágrafo y unió en una cerrada y compacta unidad el litoral con la sierra, la sierra con los valles, y los valles con las selvas, las zonas lacustres y las sabanas.

Los mestizos fueron el elemento corrosivo —anota José Luis Romero del orden formal de la sociedad barroca de Indias, el que minaría la sociedad dual urbana... Pero era una situación inestable. El mestizaje conspiraba contra ella, fortalecido y facilitado por las siempre abiertas posibilidades del ascenso económico, que se acrecentaron a medida que las ciudades arraigaron, contra el designio metropolitano, en el mundo mercantil.¹⁰

Durante los cinco largos siglos transcurridos desde la aventura exploratoria de Cristóbal Colón por las islas y las costas de esta área del continente, se ha venido fundiendo en el crisol de ese gran laboratorio social un nuevo tipo humano: el hombre Caribe. Su rasgo esencial es la condición mes-

tiza, pues a su hechura han convergido sangres y voces plurales: española, francesa, inglesa, holandesa, china, hindú, árabe, judía, danesa, americana, africana, etc., y lo cierto es que esa pluralidad de sangres se ha conjuntado en una unidad de espíritu y de cultura. De la diversidad ha irrumpido una compleja unidad. Despojados de sus lenguas primigenias el africano y el hombre autóctono de América y sus descendientes fueron forzados a hablar las lenguas de sus opresores. Si ciertamente al principio dentro de la espesura de esos laberintos verbales se movían inseguros, con el tiempo se los apropiaron desgarrando sus meandros originales, abriéndoles nuevos caminos e imprimiéndoles una atmósfera y una luz que esos paisajes interiores no conocían; a la raíz doctrinal de las religiones cristianas les implantaron el tronco y las ramas de la devoción politeísta indígena y los cultos animistas y rituales esotéricos africanos; el tam tam del tambor yoruba pautó los tiempos del son, el jazz, el rock, el blues, el reggae, el merengue, la guaracha, el calipso, la cumbia, el danzón y la salsa. La dieta alimenticia nativa basada en la yuca, el maíz, la papa, algunas especies de frijoles, tomates, ajíes, aves, tortugas e hicoetas, carne de monte, pescados y frutas del trópico, fue enriquecida con el arroz, el trigo, el azúcar, aceites, vinos, ganados, aves de corral y frutas de las cuatro estaciones; se acondicionaron a nuestro clima tórrido los vestidos y calzados europeos y se tomó de la ingeniería



9. Alexander von Humboldt citado por Ángel Rosembat, op. cit., Página 74.

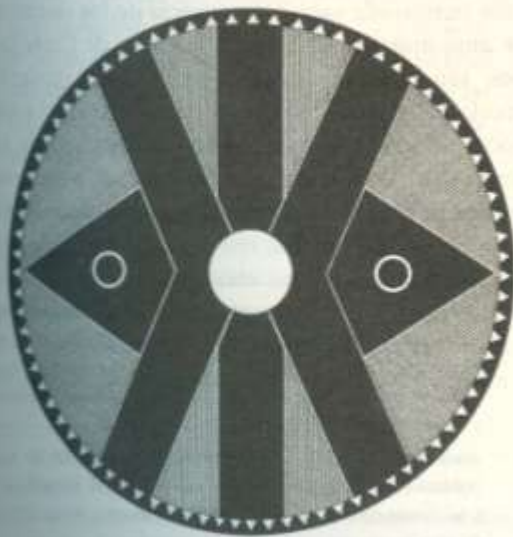
10. José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1976, Página 79.

trabajar para proveer el sustento de los encomenderos en el obraje del campo, en las minas o en las labores pastoriles y aún en sus casas de la ciudad, por determinados días de la semana, sin remuneración, a cambio de lo cual aquellos les proveían el pasto espiritual del catecismo y los rudimentos del alfabeto castellano. Así, perderían sus libertades primitivas pero ganaban los bienes inestimables de la cultura, las costumbres, los valores morales y las luces celestiales de la religión católica. A la renuncia al uso ancestral de la tierra y de sus libertades, agregarían con el tiempo el olvido de sus lenguas autóctonas, el abandono de sus hábitos de vida y de trabajo y de sus divinidades originales.

El sistema de encomiendas favoreció la política de sujeción de los naturales, como se les decía, al control del estado y a los programas de evangelización cristiana; no obstante en las postrimerías del siglo XVI se fue desmoronando por el abuso de los encomenderos y la escasa competencia de los encomendados para someterse a esa forma de organización laboral. El fracaso de la encomienda fue mayor entre los comunidades indígenas de la costa que en las andinas, éstas más dispuestas a la obediencia y a la recepción de los patrones de conducta del colonizador. En todo caso, la Corona se vio forzada a establecer el sistema de Resguardos, que en cierta forma, como lo señala Ots Capdequí, restituía «las primitivas costumbres jurídicas de los

indios», porque consagraba el trabajo colectivo bajo la dirección de las propias autoridades tribales en los antiguos términos comunitarios. Más pronto que tarde, las propiedades comunales y sus poseedores fueron objetos del despojo de la vieja casta de los encomenderos, especialmente en el Caribe, la que ensanchó y consolidó el poder sobre la tierra a costa de los territorios indígenas. De la usurpación de la mano de obra indígena y de sus pertenencias nació la clase de los hacendados y terratenientes que perdura hoy, al mismo tiempo que proliferaron las rochelas desde la época colonial.

El destino de los negros esclavos no fue mejor. Agregaban a aquellas mismas pérdidas, el extrañamiento del patrio solar. Como consuelo quizá experimentaron la cercanía de sus propietarios en las minas, en las haciendas, como obreros en las construcciones civiles, como soldados en las guerras de facciones, y como mozos de cordel y cocheros en el comercio, bogas en el río y criados de librea o damas de compañía en la casa de sus señores. De esas aproximaciones resultó un enriquecimiento recíproco. Abundan en obras de historia y de ficción latinoamericanas esas extrañas sintonías de afectos que había entre los niños blancos y sus criadas negras. Simón Bolívar revela que Hipólita, la nodriza que lo alimentaba con su leche nutricia estableció con él una relación paternal y maternal a la vez, explicable desde luego en un niño que perdió a sus progenitores en plena infancia; en *María*, de Jorge Isaacs, la conmovedora historia de Feliciano paralela a la narración central, no es más que una cálida semblanza de la niñez del autor al lado de la servidumbre familiar; autobiográficos son también la totalidad de los episodios de *Niño de ingenio*, de José Lins do Rego, y de más de un relato de Tomás Carrasquilla, por ejemplo «Simón el mago», en los que se exalta la fascinación que ejercen las fabulaciones de las criadas negras sobre unas almas infantiles. A su vez, el negro colmó su memoria y su imaginación con la infinidad de cuentos, leyendas y romances oídos de labios de sus amos españoles, y no sólo de estas expresiones sino de las maneras de urbanidad, del gusto y de los hábitos sociales de sus señores, entre otros de la danza y la música.



...la población negra de Colombia —señala Gisela Beutler representa el más importante exponente de la tradición oral de la poesía y la música españolas tradicionales, en contraposición a la población indígena que, respecto a los elementos de la cultura española, demuestra ser contraria a la tradición. Los esclavos negros —que fueron importados a Colombia como trabajadores para las haciendas de tierra caliente (las plantaciones de caña de azúcar, café y cacao) y para las minas de oro— vivían en estrecho contacto con sus amos y, en su calidad de sirvientes, tenían acceso a las casas señoriales. A causa de sus dotes musicales se apropiaron del patrimonio de canciones españolas de los siglos XVI y XVII y, debido a su notoria sociabilidad, lo transmitieron en forma arcaica, después de haber adquirido su liberación.⁶

RELACIONES INTERÉTNICAS Y MESTIZAJE: EL HOMBRE CARIBE

Expresos mandamientos legales prohibían a los españoles la residencia en el campo; entretanto los indios estaban excluidos de la ciudad, y si acaso esos espacios se transgredían, para los unos era el centro y para los otros los arrabales; diferentes eran los colegios en donde se impartía educación a los hijos de los peninsulares y los criollos, de las escuelas en donde recibían instrucción los descendientes de los caciques e indios principales; muy otra era la indumentaria del indio a las prendas que vestía su señor, como la hora de asistencia a los oficios religiosos y el lugar que ocupaba en el templo; y hasta en el ámbito de la muerte del cementerio, conquistadores y conquistados estaban obligados a guardar sus distancias. El imperativo de las leyes del estado y la moral religiosa privaban a los blancos del comercio sexual ilícito con las razas oprimidas, en tanto que a los negros les estaba terminantemente prohibido el trato de toda naturaleza con los indios, y viceversa. Las autoridades españolas castigaban esas relaciones por considerarlas peligrosas para el orden público, pues vivían temerosas de que los negros insurrectos

instigaran a los indígenas a la revuelta y a la desobediencia de sus amos, por lo que sembraban en estas comunidades el recelo y la desconfianza recíprocos. A lo largo de la colonia, particularmente en las provincias de Tierradentro en el Caribe neogranadino, el peso opresivo de la esclavitud y la incredulidad de los de abajo en la probidad de las autoridades arrastró a miles de indios, negros esclavos y libres, zambos, mulatos, mestizos y blancos, desertores de las milicias y prófugos de la ley, a refugiarse en los montes sin contacto con el mundo exterior y arrochelar-se «en varias cancheras y rochelas, —como declaraba por escrito Antonio de la Torre y Miranda— sin cuidar de sus adelantamientos ni aun de cubrir sus carnes, y con la mayor desidia y poltronería entregados a la embriaguez y otros vicios»,⁷ o a ocultarse en zonas selváticas y pantanosas y en los puntos inaccesibles de las serranías.

Sin embargo, más allá de las prohibiciones legales y morales y del aislamiento geográfico, por fuerza de la hibridación de sangres, en la retorta del Caribe se fue gestando un nuevo hombre. Ángel Rosemblat en su formidable trabajo sobre *La población indígena y el mestizaje en América*,⁸ señalaba que en la expansión americana al hombre hispano no le importaba tanto defender la pureza de la raza como la pureza de la fe cristiana católica, de la que España era campeona en el mundo, de modo que si no lo juzgaba legal al menos consideraba permisible saciar la urgencia de los instintos en unas mujeres, de las que don Juan de Castellanos, tan gozador de ellas en su edad moceril, proclamaba: «amicisimas son de novedades/ y no pocas salaces y lascivas». Esto al principio de la conquista. Al final del período colonial, a su paso por las poblaciones que encontraba en las márgenes

6 Gisela Beutler. *Estudios sobre el romancero español en Colombia*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1977. Página 258.

7 *Archivo de Indias, Proyecto del capitán Antonio de la Torre sobre establecimiento de cuatro poblaciones desde Lorica al Golfo del Darién, Santa Fe 956, carta 104, según Pilar Moreno de Ángel, en Antonio de la Torre y Miranda Viajero y Poblador*, Bogotá, Planeta, 1993. Página 46.

8 Juan de Castellanos citado por Ángel Rosemblat en *La población indígena y el mestizaje en América, II, El mestizaje y las castas coloniales*. Editorial Nova, Buenos Aires, 1954. Página 71.



nes del Magdalena, Alexander von Humboldt observaba: «Esta mezcla de indios y de negros es muy común en estas comarcas. Las mujeres de la raza cobriza sienten gran inclinación hacia la raza africana».⁹

Contra la letra de la ley y de los preceptos cristianos se impuso la fuerza de la costumbre. Indios, negros y blancos formaron una tan apretada urdimbre de sangres, que tres y más siglos después fue el mestizaje el más fuerte agente dinamizador de la sociedad iberoamericana. Sirvió de línea de conducción entre el vértice y la base de la pirámide. Acercó las distancias, niveló los abismos que separaban unas clases de otras, disolvió y concilió a la vez, fundió y homogeneizó tres vertientes étnicas diversas en una nueva amalgama humana, sin lo cual hubiera sido imposible la independencia de las colonias. Como queda dicho, la importación de africanos libró al indígena de una segura extinción y propició el desarrollo demográfico de la población española en América, al tiempo que conformó la soldadura que galvanizó los estratos altos y bajos, el país letrado y el país ágrafo y unió en una cerrada y compacta unidad el litoral con la sierra, la sierra con los valles, y los valles con las selvas, las zonas lacustres y las sabanas.

Los mestizos fueron el elemento corrosivo —anota José Luis Romero del orden formal de la sociedad barroca de Indias, el que minaría la sociedad dual urbana... Pero era una situación inestable. El mestizaje conspiraba contra ella, fortalecido y facilitado por las siempre abiertas posibilidades del ascenso económico, que se acrecentaron a medida que las ciudades arraigaron, contra el designio metropolitano, en el mundo mercantil.¹⁰

Durante los cinco largos siglos transcurridos desde la aventura exploratoria de Cristóbal Colón por las islas y las costas de esta área del continente, se ha venido fundiendo en el crisol de ese gran laboratorio social un nuevo tipo humano: el hombre Caribe. Su rasgo esencial es la condición mes-

tiza, pues a su hechura han convergido sangres y voces plurales: española, francesa, inglesa, holandesa, china, hindú, árabe, judía, danesa, americana, africana, etc., y lo cierto es que esa pluralidad de sangres se ha conjuntado en una unidad de espíritu y de cultura. De la diversidad ha irrumpido una compleja unidad. Despojados de sus lenguas primigenias el africano y el hombre autóctono de América y sus descendientes fueron forzados a hablar las lenguas de sus opresores. Si ciertamente al principio dentro de la espesura de esos laberintos verbales se movían inseguros, con el tiempo se los apropiaron desgarrando sus meandros originales, abriéndoles nuevos caminos e imprimiéndoles una atmósfera y una luz que esos paisajes interiores no conocían; a la raíz doctrinal de las religiones cristianas les implantaron el tronco y las ramas de la devoción politeísta indígena y los cultos animistas y rituales esotéricos africanos; el tam tam del tambor yoruba pautó los tiempos del son, el jazz, el rock, el blues, el reggae, el merengue, la guaracha, el calipso, la cumbia, el danzón y la salsa. La dieta alimenticia nativa basada en la yuca, el maíz, la papa, algunas especies de frijoles, tomates, ajíes, aves, tortugas e hicoetas, carne de monte, pescados y frutas del trópico, fue enriquecida con el arroz, el trigo, el azúcar, aceites, vinos, ganados, aves de corral y frutas de las cuatro estaciones; se acondicionaron a nuestro clima tórrido los vestidos y calzados europeos y se tomó de la ingeniería



9. Alexander von Humboldt citado por Ángel Rosemblat, op. cit., Página 74.

10. José Luis Romero. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1976. Página 79.

española clásica el modelo para el trazado de calles, fortalezas, muelles portuarios, plazas y caminos y el sistema de la arquitectura castellana y andaluza para la estructura de la vivienda urbana, empleando la piedra, el ladrillo, el calicanto, el hierro forjado, maderas y tejas para la construcción de edificios públicos y para la fábrica de los conventos y templos, adaptándolos a las condiciones de la vida tropical; y tanto aquí como en las poblaciones y los campos la vivienda popular es el resultado del cruzamiento, en cuanto al empleo de materiales (maderas, palmas, adobe, bejuco y boñiga de vaca) y el trazado formal, de las aldeas africanas y los rancheríos precolombinos.

LA FUNDACIÓN DE CIUDADES Y LAS POLÍTICAS DE POBLAMIENTO

Las primeras ciudades fundadas en tierra firme con carácter perdurable, Santa Marta (1525) por Rodrigo de Bastidas y Cartagena (1533) por Pedro de Heredia, fueron erigidas en capitales de las gobernaciones del mismo nombre, separadas por el río Magdalena. En un principio sirvieron como medios de avanzada y fuertes hacia la conquista de los territorios de tierra adentro y, luego, en especial la segunda, como punto de encuentro geoestratégico del poder político y el comercio de España con sus colonias suramericanas. A la fundación de estas ciudades siguieron las de Tolú (1535), Mompos (1537), Riohacha (1543), Valledupar (1550); la primera con carácter de frontera para las expediciones de saqueo de los templos y cementerios indígenas en jurisdicción de las tribus zenúes; la segunda como puerto fluvial intermedio hacia la conquista del interior, centro de acopio de bastimentos y plaza militar para contener a los indómitos chimilas; la penúltima, en calidad de estación de los comerciantes que partían de Santa Marta a la exploración de bancos perliíferos, la extracción y el comercio de perlas en el Cabo de la Vela y el resto de la península guajira; y la última, como avanzada mediterránea desde la costa venezolana y la Gobernación de Santa Marta hacia Santa Fe de Bogotá, la capital de la recién establecida Real Audiencia del Nuevo Reino de Granada. Por la suavidad del clima en las altiplanicies y

los valles interandinos y gracias a la relativa docilidad de los indígenas, dicho sea de paso, en el centro del país resultó menos turbulento y más dinámico el proceso de colonización.

Luego, a lo largo del período colonial, pero en especial durante el siglo XVIII y ya España bajo el poder de los Borbones, se da cumplimiento a políticas ilustradas de congregación de la población libre en asentamientos urbanos y el Virrey José de Eslava (1740-1749) comisionó a Francisco Pérez de Vargas para que concentrara en pueblos a los habitantes de antiguos partidos de encomiendas dando lugar a Baranoa, Malambo, Juan de Acosta, San Luis Beltrán, Santo Tomás y Tubará. Mientras tanto, al margen y a la sombra de estas fundaciones medraba sobre las barrancas y playones de la margen occidental del río Magdalena, una aldea más o menos estable de peones de vaquería que no de propietarios de haciendas ganaderas, a la que propios y extraños tenían bautizada desde principios del siglo XVII con el nombre de Barranquilla, si damos crédito al juicio del historiador Domingo Malabet, a despecho del serio cuestionamiento que le hace el profesor José Agustín Blanco Barros.¹¹ El poblado a lo largo de la Colonia no alcanzó alguna significación y aún en los primeros días de la República, en 1822, el agente diplomático inglés John P. Hamilton, desde la ciudad de Soledad la divisa a lo lejos como una aldea.¹²

Entre 1741 y 1770 Don José Fernando de Mier y Guerra, investido con el título de Maestre de Campo, funda 22 poblaciones en el Bajo Magdalena, entre ellas El Banco, Chimichagua, Santa Ana, Pinto, El Piñón, no sólo con el objeto de reducirlos a *comunidad cristiana y arreglos a concordia, política y sociedad humana*, sino para despejar la navegación por el río del constante asedio de Motilones y Chimilas.¹³ A juzgar por la declaración

11 José Agustín Blanco Barros, *El norte de Tierradentro y los orígenes de Barranquilla*, Banco de la República, Bogotá, 1987.

12 John P. Hamilton, *Viaje por el interior de las provincias de Colombia*, Bogotá, Biblioteca V Centenario Colcultura, 1993. Página 43.

13 Gilma Mora de Tovar, "Poblamiento y sociedad en el Bajo Magdalena durante la segunda mitad del siglo XVIII", en



del Maestre de Campo, la suya fue una misión civilizadora y humanitaria. Pero lo mismo no piensa Jacques Aprile-Gnisset, para quien esa operación de reducción a comunidad de los nativos de aquel territorio, no era más que una empresa de rapiña:

Inicia su triste carrera exterminando Koguis, arhuacos y chimilas de los contrafuertes occidentales de la Sierra Nevada; combinando los intereses de «ambas majestades» con su beneficio propio, tan pronto despoja a los aborígenes presenta solicitud de mercedes sobre sus tierras. De Mier y Guerra elabora una táctica sumamente eficiente: primero, gracias a su cargo militar, consiguió tropas de mestizos, pardos y libertos; con ellas emprende operativos de aniquilamiento, expulsión y despojo de las comunidades; luego se apropia las tierras conquistadas; por fin «agrega» colonos mestizos o libres, deportándolos a la fuerza si es necesario, en función de sus propios intereses.¹⁴

Más adelante, bajo el gobierno del Virrey Antonio Caballero y Góngora, la gobernación de Cartagena comisiona al teniente Antonio de la Torre Miranda para que organice en poblaciones a miles de moradores del norte de esa gobernación, de las sabanas de Tolú y de la banda izquierda del Bajo Magdalena, y de los valles del Sinú y el San Jorge. En total, entre 1774 y 1779 el militar español, funda o mejor, refunda núcleos de población en los que se destacan Arjona, San Juan Nepomuceno, San Jacinto, El Carmen, Ovejas, Corozal, Sincelejo, Magangué, Sahagún, Chinú, Ciénaga de Oro, Momil, San Bernardo del Viento y Montería. En total 43 pueblos en los que se congregan 43.133 almas integrantes de 7.383 familias, por primera vez todos conectados entre sí por camino de herradura desde Cartagena hasta los valles del Sinú y San Jorge.¹⁵ Y, por último, el Arzobispo y Virrey Antonio Caballero y Góngora encargó al francis-

cano y también militar Joseph Palacio de la Vega la tarea de reducir a población a las gentes dispersas en las inmediaciones de los ríos Cauca, Nechí, Tenche y Porce. (1787-1788).¹⁶

Con estas medidas el Despotismo Ilustrado de la Casa Borbónica pretende, y hasta cierto punto logra, someter a reglas de civilización y de civilidad a los millares de hombres y mujeres diseminados en el vasto cerco geográfico de 151.118 kilómetros cuadrados, comprendido entre los 1.600 kilómetros de faja costera por el norte y el occidente y las últimas estribaciones de los Andes por el oriente y el mediodía. Civilización y civilidad son aquí sinónimos de control por parte del Estado y de la Iglesia. En adelante el Estado ganaba súbditos sujetos al imperio de la ley, que producían riqueza y pagaban impuestos y, a su vez, la Iglesia reclutaba feligreses que cumplían los mandamientos y sufragaban sus diezmos. Pero algo más, los nuevos señores feudales que se lucraron en el siglo XVI con el negocio de las encomiendas y les venían haciendo la guerra a las comunidades indígenas desde el siglo siguiente para alzarse con la tierra de los resguardos, en lo sucesivo podrían disponer de las gentes reducidas en poblaciones formales como mano de obra semiesclava en los oficios agropecuarios. De este modo, más allá de los arrabales del centenar de poblaciones que la integraban entonces, la costa caribe de Colombia ofrecía, según Ernesto Gühl, la imagen de un «inmenso potrero». Esto ocurrió en el crepúsculo colonial, cuando unas pocas familias nobles, el Maestre de Campo José Fernando de Mier y Guerra, los herederos del marqués de Santa Coa, Micaela de Lanz y Rocha –viuda del mariscal don Melchor de Navarrete–, y el doctor Andrés de Madariaga, conde de Pestagua –abuelo del prócer José María García de Toledo– y Joseph de Hoyos, de la casa del marqués de Valdehoyos acaparaban las mejores tierras y ganados sobre las márgenes y valles del Magdalena.

Anuario colombiano de Historia Social y de la Cultura, No. 21, 1994, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. Páginas 40-62.

14 Jacques Aprile-Gnisset. *La ciudad colombiana. Prehispanica, de Conquista e indiana*. Bogotá, Biblioteca Banco Popular, Bogotá, 1991. Página 466.

15 Pilar Moreno de Ángel. *Antonio de la Torre y Miranda Viajero y Poblador*. Bogotá, Planeta, 1993.

16 Joseph Palacio de la Vega. *Diario de viaje del P. Joseph Palacio de la Vega*. Edición de Gerardo Reichel-Dolmatoff, edición ABC, Bogotá, 1955.



LA CULTURA LETRADA EN LAS CIUDADES Y EL ATRASO RURAL

Como ocurrió en el dilatado espacio de la geografía americana, especialmente en Argentina, la ciudad fue el escenario de la civilización urbana transplantada de España, mientras en el campo se perpetuaban formas rudimentarias de vida. Quizás Santa Marta, Riohacha, Ciénaga, Tolú, Mompo, Valledupar, Montería, Sincelejo, Corozal, Sahagún, y otras poblaciones, a lo largo de la colonia y en el primer siglo de la República no pasaron de ser sino grandes aldeas más o menos detenidas en el tiempo, desde luego con mayor dinamismo que el que se vivía en el ambiente rural, claro está, nunca comparable a la agitación social y cultural que la que se experimentaba en Cartagena. Aquí funcionaban seminarios y conventos de dominicos, agustinos, franciscanos, jesuitas, que impartían educación a los niños y jóvenes de las clases acomodadas, incluso, a hijos de familias pobres y de descendientes de indígenas y negros. Gabriel Porras Troconis nos recuerda que fue en Cartagena donde abrió labores el primer colegio que se fundó en el Nuevo Reino de Granada.¹⁷ Por sus calles angostas, empedradas y tortuosas caminaron cronistas y poetas, la mayoría eclesiásticos, que pasaron por la ciudad o se formaron en ella, como Cieza de León, Gonzalo Fernández de Oviedo, Gonzalo Jiménez de Quesada, Juan de Castellanos, Hernando Domínguez Camargo, Lucas Fernández de Piedrahita, Juan de Cueto y Mena, fray Felipe de Jesús, y tantos otros. Juan de Castellanos es autor de un extenso poema «Historia de Cartagena», en octavas reales; Domínguez Camargo talla las piedras más preciosas de su orfebrería barroca ante el «agasajo con que Cartagena recibe a los que vienen de España», y a raíz del frustrado asedio de Cartagena por el almirante Edward Vernon se templaron abundantes piezas poéticas en loor al heroísmo de los defensores de la ciudad (1741).

Materia para la escritura de cuentos, novelas, crónicas de las de duelos y aventuras caballerescas abundaron —para decirlo con los versos inmortales del «tuerto» López en esos «tiempos de la criollos, la espada, del ahumado candil y las pajueles»—. Cuántas narraciones preciosas hubieran podido escribirse sobre enredos de trastienda y los reencuentros nocturnos de los caballeros de la alta sociedad, los bundes de las negras y mulatas, sobre las menudas intrigas que se urdían en los llanos, sobre los juicios de residencia, y sobre los asaltos condeados de piratas, corsarios y bucaneros y los sulfurados carbonientos pleitos del Tribunal de la Inquisición. Aunque lo cierto es que no se escribieron tal vez porque los poetas las juzgaron prosas profanas, no dignas de ser contadas y mucho menos de ser leídas y los talentos no se despilfarraron en esa suerte de literatura menor, sino en las epopeyas que imitaban «Las soledades y la Fábula de Polifemo y Galatea» de Luis de Góngora y Argote. Y si acaso se escribían no se publicaban, como el caso de *El camero* (1638), del criollo santalucense Juan Rodríguez Freyle, fisgón y amigo de los reyes, en las flaquezas ajenas, que legó a la posteridad en entretenidas crónicas acerca de la vida cotidiana en el Nuevo Reino de Granada, crónicas que circularon de mano en mano en copias manuscritas y que debieron aguardar más de dos siglos para ver la luz en forma impresa. A propósito de ellas transcurren en la costa Caribe,



17 Gabriel Porras Troconis. *Historia de la cultura en la Nueva Granada*. Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, Sevilla, 1952. Página 18.

aquella de Bustamante, el escribano de Mompo, el viudo que cierto día salió al campo a folgar con mozas «y el demonio en figura de mujer hizo lances con él»,¹⁸ de modo que se lo tragó la tierra; y también la historia patética de la bella samaria Luisa de Manjarrés, que trama la muerte de su rival enviándole *berenjenas envenenadas*, ignorando que éste era el plato favorito de su amante. No se escribían libros de relatos en prosa, es verdad, pero se leían con sumo interés, desde *La Celestina*, *El Lazarillo de Tormes* y *Don Quijote de la Mancha* hasta la inundación de la saga picaresca y de novelas de caballerías, no obstante que la Corona tenía prohibida la lectura de esas que eran «obras de vanas profanidades». Prueba de ello es que a pocos meses de editado en España, Antonio de Toro recibe en Cartagena la remesa, a bordo del *Espíritu Santo* de cien ejemplares de *Don Quijote de la Mancha*.

A tono con la mentalidad colonial, tanto en la Nueva Granada como en los otros virreinos la literatura que se escribe en los círculos de la élite intelectual, reproduce los modelos de la metrópoli. La calidad se medía por la eficacia para imitar los modelos de la literatura castellana. Así, se reproducen en Santa Fe, Tunja, Popayán, que fueron los centros de cultura más reconocidos, el barroco, las tendencias ascéticas y místicas, el rococó luego y, por último, el neoclasicismo, por supuesto, con las variantes particularísimas que imponía el carácter americano.

LA CLASE DE LOS CRIOLLOS Y LA INDEPENDENCIA GRANADINA

Una muy personalizada clase criolla irrumpe en el crepúsculo colonial y de ella hicieron parte Jorge Tadeo Lozano, Antonio Nariño, Francisco Antonio Zea, Camilo Torres, Pedro Fermín de Vargas, Francisco José de Caldas, Francisco de Paula Santander, como se ve, una generación de hombres de pensamiento y de acción más que de almas contemplativas. Cartagena, Mompo y, en gene-

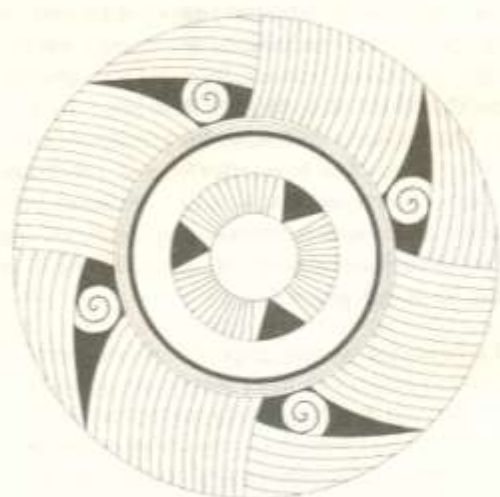
ral, el Caribe, no se quedaron atrás y por los mismos años apareció allí una hornada de brillantes intelectuales, Antonio de Narvaz, Juan de Dios Amador, Juan García del Río, Manuel Rodríguez Torices, José María García de Toledo, los hermanos Gutiérrez de Piñeres, José Fernández Madrid, estudiosos de los problemas políticos, sociales y culturales de su época y de cualquier manera comprometidos con las ideas de modernidad y de progreso y con la causa de la independencia.

La formación de este grupo de criollos afirma Alfonso Múnera es un fenómeno de la mayor importancia. Por su novedad y por el impacto que tuvo sobre la vida política de una ciudad que nunca se había distinguido en su actividad intelectual. La ausencia de instituciones educativas, de periódicos y publicaciones de cualquier especie, y en general de actividades de orden cultural la muestran, por el contrario, como un puerto de vida intensa y desordenada e indiferente al cultivo de las letras, las ciencias y las artes. Una cultura popular negra y mulata, llena de vitalidad, y un débil cultivo de la inteligencia en las élites blancas caracterizó la vida cultural en esta famosa factoría de esclavos durante la mayor parte del siglo XVIII.¹⁹

Al tiempo que la minoría culta de Cartagena se entera de los sucesos de la Independencia de los Estados Unidos de América, del cataclismo histórico de la Revolución Francesa y de las ideas renovadoras, aunque no demasiado renovadoras, de los ilustrados españoles, Feijóo, Cadalso, Jovellanos, Meléndez Valdés, Moratín el joven, una clase media de artesanos pardos acapara los oficios de carpintería, mecánica, talabartería, sastrería, forja de metales, albañilería, platería, zapatería, del comercio menor, incluso de profesiones universitarias adquiridas en Santafé, y hace presencia en la vida pública reclamando escenarios de participación y cumpliendo un papel protagónico en las luchas de emancipación al lado del caudillo de las masas populares, el cubano Pedro Romero. Las élites económicas cartageneras que mantenían una vieja rivalidad con los

18. Juan Rodríguez Freyre, *El camero*, Editorial Bedout, Bogotá, 1986. Página 339.

19. Alfonso Múnera, *El fracaso de la nación. Región, clase y raza en el Caribe Colombiano*. Bogotá, Banco de la República / El Áncora Editores, 1998. Página 105.



criollos adinerados de Santafé, abrazaron pronto la causa federal contra el centralismo absorbente de los capitalinos, menos por ideales patrióticos que por intereses económicos, mientras que los artesanos más allá del sentimiento de pertenencia regional, por instinto de clase apoyaron el movimiento comunero de José Antonio Galán, un mestizo andino que levantó la bandera de la insurrección indígena y de la liberación de los esclavos en la totalidad del territorio de la Nueva Granada. No es tan arriesgado afirmar, pues, que si bien la conciencia de nación era de mayor claridad y documentación en la élite intelectual, ese sentimiento de nacionalidad era más desinteresado y espontáneo en la muchedumbre popular, en el momento en que eran más fuertes los lazos de la identidad regional que la conciencia de la identidad nacional.

En la élite criolla que dirigió el movimiento insurreccional de la Nueva Granada, la creación del nuevo Estado pasaba por el diseño de un proyecto de nación, como un orden pensado y un orden imaginado, en los que intervenían naturalmente multitud de criterios de integración entre los cuales contaban los de unidad territorial, de comunidad étnica, de colectividad de hablantes de una misma lengua, de formación social que compartía un idéntico pasado histórico, político y cultural y se comprometía mediante un pacto de

voluntades a andar el camino común de la participación ciudadana en la construcción de la nacionalidad y en la equitativa distribución de los bienes terrenales y espirituales. Cualquiera de esos patriotas, en abstracto, coincidía con esta idea de nación. En la realidad conspiraban contra ella la hostilidad de la geografía, las insalvables contradicciones sociales y, sobre todo, los intereses de las familias criollas empeñadas en aumentar sus privilegios.

LAS REGIONES, LAS ETNIAS Y EL PROYECTO DE NACIÓN

La geografía se alzó como un obstáculo a toda forma de integración colombiana. Ese obstáculo fueron las tres inmensas e infranqueables barreras de los Andes, los dédalos de ríos, ciénagas y pantanos innavegables y las infinitas llanuras y las selvas tropicales. Así en los grandes espacios cerrados se fue asentando cada población con rasgos físicos y psicológicos propios, formas dialectales de habla y modos específicos de producción y reproducción de la vida. «Colombia es Caribe en el norte, chibcha en el centro, cercano al incario en el sur», afirma con fuerza de axioma Márquez de Miranda,²⁰ axioma que sin dejar de ser evidente no deja de ser incompleto, porque en su esfuerzo de simplicidad olvida el área de Antioquia, la zona del Pacífico, los Llanos Orientales, el Vichada, el Vaupés y el Amazonas.

El Caribe, de tierras bajas y cálidas, con la excepción de los pisos medios y altos de la Sierra Nevada de Santa Marta y de composición étnica mayoritariamente Andaluzaafricana, fue el hábitat de una población confraternizadora, abierta y extrovertida, de fuerte vocación mercantil, pesquera y agropecuaria. La región central andina, formada por los actuales departamentos de Cundinamarca, Boyacá, y los Santanderes es una comarca de tierras templadas y frías, habitadas por una población industrial, altamente mestizada, de reco-

20 Citado por Benjamín Carrión, en *El mestizaje y lo mestizo. América Latina y sus ideas*, coordinación de Leopoldo Zea, Bogotá, Unesco-Siglo XXI Editores, 1986, Página 393.



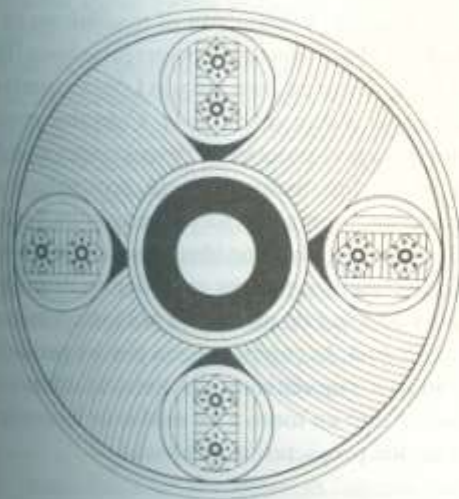
influjo castellano y marcados ancestros indígenas, disciplinada, introvertida y de austeras costumbres cristianas. La región antioqueña, montañosa y quebrada, extendida hasta los actuales departamentos de Caldas, Quindío, Risaralda, el norte del Valle y el Tolima, fue desde la Colonia un enorme emporio minero, colonizado por blancos emprendedores de orígenes predominantemente vascos, y cuya principal vocación fue el laboreo del oro con mano de obra esclava y la actividad fabril y comercial en las ciudades.

El Cauca que comprendía el macizo andino, una larga franja montañosa de la Cordillera Occidental, los valles del Patía, el Cauca, el San Juan y el Atrato y la gran faja costera del litoral Pacífico, fue asiento de negros y mulatos en las zonas de la minería del oro, la plata y el platino; las plantaciones de caña de azúcar, las haciendas ganaderas, las vegas de los ríos y los palenques; de indígenas en las poblaciones cordilleranas y los sitios de resguardos, en tanto que los blancos ostentosos de sus abolengos residían en sus mansiones urbanas de Popayán, Pasto y Cali. «El llanero –es según Henry Benjumea López– un individuo religioso, fatalista y bravío; hecho a la medida de las altas llanuras, apto para montar a caballo y para la explotación de la ganadería cimarrona y extensiva; independiente y aislado; inclinado a la lealtad y el caudillismo; coplero e

improvisador».²¹ Por último, la Orinoquía y el Amazonas son una inmensa planicie bañada por ríos caudalosos y cubierta por una espesa selva de clima tropical y húmedo, de exigua población amerindia de las familias Tupí, Caribes y Arawaks.

La condición de archipiélago del territorio colombiano hizo de las regiones países apartes, autoabastecidos en su producción agrícola y pecuaria, de economías cerradas sobre sí mismas y de pobres intercambios culturales. Durante siglos las vías idóneas de comunicación fueron los dos mares, los ríos y los precarios caminos de herraduras a lomo de mula, el infatigable animal que remontó las cordilleras y desafió los abismos sirviendo de medio de transporte de mercancías, de vehículo del correo y de instrumento de la guerra. Las vías férreas que tanto incidieron en el desarrollo de la economía planetaria a lo largo del siglo XIX y los primeros decenios del siglo XX, en 1934 apenas se extendía sobre 3.262 kms. cubriendo algunos puntos del eje cafetero. «La característica más notable de esta expansión –sostiene Jesús Antonio Bejarano– fue el que se orientara fundamentalmente hacia la integración de la economía nacional y sólo secundariamente a completar la red que vinculaba al país con el mercado mundial».²² La conexión vial por tren y carretera, verbigracia, entre la costa atlántica y el interior del país apenas se establece hacia 1960, cuando hacía más de diez años que había expirado la navegación por el río Magdalena.

Con miras al proyecto de formación de nación, la desarticulación social de Colombia no sólo fue obra de la geografía y de la precariedad de las vías y medios de comunicaciones, sino en lo esencial del ideario y el imaginario de la élite dirigente. De acuerdo con el censo de 1778, (*Importancia económica de la esclavitud*²³) de una población de 738.523 habitantes, el 25% de los neogranadinos eran blancos; las tres cuartas partes restantes eran mes-



21 Henry Benjumea López, *Literatura Llanera: aproximación histórica y crítica*, Villavicencio, Fondo Editorial Entrelectras, 2001. Página 18.

22 Jesús Antonio Bejarano, en *La economía, Manual de Historia de Colombia*, T.3, Procultura –Tercer Mundo. Página 37.

23 Ídem. Página 219.



tizos, indígenas y negros. Era obvio que la nueva república fundada en los postulados de democracia popular y representativa, e inspirada en los principios de libertad, igualdad y fraternidad, de la Revolución Francesa, al menos sobre el papel, mal podía instaurarse excluyendo a la abrumadora mayoría que la había ayudado a forjar con su trabajo y con las armas y, peor aún, prescindiendo de los indígenas, considerados como las principales víctimas del régimen colonial. En los alegatos de los patriotas contra las autoridades españolas, ellos eran designados como los verdaderos dueños del país, los legítimos señores de la tierra.

En un encendido sermón del clérigo patriota Juan Fernández Sotomayor, que circuló impreso con el nombre de *Catecismo e instrucción popular* (Cartagena, 1814), se tildaba a los españoles de «invasores injustos, crueles y feroces que hollaban a su tiempo los derechos de la naturaleza, las leyes de los pueblos del mundo, los preceptos del Señor, los principios y máximas del evangelio».²⁴ Jorge Tadeo Lozano, que en alguna ocasión al hablar del desarrollo defectuoso de la Nueva Granada, aludió «al carácter estúpido de sus habitantes primitivos»,²⁵ Francisco José de Caldas y Antonio Nariño, que se habían pronunciado en términos parecidos, abonaron argumentos en la reivindicación paternal y sentimental de los hombres y las culturas autóctonas de América.

No solo la prosa de los patricios reivindicó al indio, también se lo exaltó en endecasílabos, como lo hizo José María Salazar en La Campaña de Bogotá («Y tú saliste entonces presuroso / ¡O Sol! Padre sagrado de los Incas / Para alumbrar al Colombiano suelo») y como alegoría en la efigie de las banderas, escudos y monedas. La Asamblea Constituyente del Estado de Cartagena (enero de 1812) autorizó la acuñación de una moneda, en cuyo anverso figuraba como «símbolo de la libertad, una india con una corona de plumas, sentada a la sombra de una palma de coco; ésta lleva a la espalda una aljaba

con flechas y un arco colgado sobre el hombro, e la mano derecha sostiene una granada que picotea un pájaro y en la izquierda, una cadena rota».²⁶ Es decir, como no se podía prescindir del indio y revocar a olvido su pasado, se lo despojó de la realidad convirtiéndolo en símbolo.

En todo caso, fuera de estos reconocimientos simbólicos fue muy poca la ganancia obtenida por la sociedad indígena con el advenimiento de la república y la conquista de la ciudadanía, que fue hasta dos siglos después una ciudadanía de tercera. Todavía a finales del siglo veinte, la colonización interior en llanos y selvas, por ejemplo, la realizada en territorios guahibos por los años sesenta y setenta, la posterior tala de bosques para la siembra de cultivos ilícitos en los asentamientos Kogui de la Sierra Nevada de Santa Marta y la exploración petrolera en los resguardos de la U'wa, se han constituido en amenaza de las culturas indígenas sobrevivientes. De otra parte, tanto para los esclavos la emancipación de España representó el fin de la esclavitud. Bolívar, Santander, José Félix Restrepo, José Jerónimo Torres, Ramón Mercado, y otros, abominaron de la continuidad de esta práctica en el marco del Estado recién fundado, con copiosas argumentaciones políticas, morales, religiosas y económicas. A pesar del aporte del negro a las luchas de independencia, y a pesar de que, en juicio de esos próceres, la esclavitud reñía con la razón y la naturaleza, con la estrategia de modernización estatal y social, y hasta con el rendimiento en el trabajo, la liberación debió postergarse hasta 1851 bajo el gobierno de José Hilario López, cuando en realidad se dictan medidas en Colombia conducentes a un real proceso de descolonización. Además, dicha liberación no llegó acompañada de políticas de integración social, económica y cultural de la nueva población libre. Por cierto que estos fueron elementos pasivos en el debate de su liberación y en lugar de plantearse por los legisladores alguna forma de compensación por los perjuicios causados a las víctimas del nefando tráfico, la discusión giró en torno a los modos de indemnización de los propietarios esclavistas.

24 Hans Joachim König, en *El camino hacia la nación*, op.cit. Página 246.

25 Jorge Tadeo Lozano. *Sobre lo útil que sería en este Reino el establecimiento de una Sociedad Económica de Amigos del País*. Correo Curioso No. 39, 10 de noviembre de 1801.

26 Hans Joachim König, op. cit. Página 251.



Sin embargo, el elemento de mayor perturbación en contra de la integración nacional surgió a la hora de definir el perfil del nuevo Estado. Los patricios que organizaron la nueva república cada vez que no lograron en la mesa de diálogo resolver las diferencias sobre el régimen centralista o federal de gobierno, las políticas de protección a la industria nacional o el librecambismo, la separación de la Iglesia y el Estado, las libertades ciudadanas, los sistemas de impuestos y la participación o no de las clases populares en la dirección del poder, acudieron a dirimir las en los campos de batalla. Desde la alborada de la República dos fuerzas ideológicas y políticas radicalmente opuestas se dan cita en el teatro social. La una recogía la herencia colonial y propendía por el mantenimiento de las prerrogativas otorgadas por la Corona a la oligarquía virreinal; la otra pugnaba por derribar hasta en sus cimientos el colonialismo español invocando los principios de la Revolución Francesa y los vientos de modernidad que soplaban desde Europa y los Estados Unidos.

En nuestro concepto —afirma Gerardo Molina, la misión principal que se arrogaron aquellos hombres fue conectar la Nueva Granada con el pensamiento más avanzado de la época. Para ellos el dilema entre la influencia cultural de España y la influencia cultural de la Europa heterodoxa no daba lugar a vacilaciones. En oposición al conservatismo que representaba la adhesión a España, el país sobre el cual el Renacimiento y la Reforma apenas habían resbalado, los liberales querían la apertura de la Nueva Granada al mundo moderno, sin aduanas para ninguna idea. El hecho que más los exasperaba, era no tanto carecer de una agricultura y de una industria lozanas, como el que no hubiera habido una emancipación intelectual y de que aun aquello de las luces del siglo tuviera un avance herético o pecaminoso. Así se entiende su interés apasionado por la libertad de imprenta y de palabra, por la instrucción pública, por lo que ocurría en Francia, y su repulsa a los jesuitas y a la jerarquía católica por el hecho de prohibir las obras científicas y de perseguir a los librepensadores.²⁷

27 Gerardo Molina, *Las ideas liberales en Colombia*, Bogotá, Tezoz Mundo, 1973, Página 37.

En literatura el espíritu colonial se extiende también hasta más allá de las fronteras de la Independencia. En este período se respiraba una atmósfera de autonomía en lo político, pero las formas de versificación, el énfasis y la utilería de materiales poéticos empleados no correspondían a la nueva realidad americana. Ya el genio de Bolívar lo había advertido en la «Oda a Junín» de José Joaquín Olmedo, en la que según sus palabras parecían combatir en vez de Sucre, Córdoba y el mismo Libertador, los dioses y semidioses del Parnaso: Júpiter, Marte, Patroclo, Agamenón y Menelao, pues el canto se le figuraba más bien «una parodia de la Iliada con los héroes de nuestra propia farsa». Como se sabe, la generación de poetas, oradores y dramaturgos que saludaron en versos inflamados de patriotismo, en arengas vehementes y en piezas teatrales el triunfo sobre la dominación española (José María Gruesso, 1778-1835, José María Salazar, 1785-1828, José Fernández Madrid, 1789-1830, Luis Vargas Tejada, 1802-1829), brotan bajo la encendida chispa retórica y la vehemencia lírica de los poetas españoles que cantaron en odas e himnos enardecidos la resistencia peninsular a la invasión napoleónica: Juan Bautista Arriaza (1770-1837), Nicasio Álvarez de Cienfuegos (1764-1809) y Manuel José Quintana (1772-1857).

En el período de la guerra anticolonial, paradójicamente, la literatura siguió siendo colonial. Sólo cuando la Nueva Granada se configura como nación y sólo a partir del momento en que Hispanoamérica define su fisonomía de conjunto histórico y social independiente, la Nueva Granada e Hispanoamérica comienzan su existencia específica de nación y de región cultural y literariamente independientes.

La existencia de la literatura Hispanoamericana señala Roberto Fernández Retamar depende, en primer lugar, de la existencia misma y nada literaria de Hispanoamérica como realidad histórica suficiente. Mientras ella no es sino colonia española, es obvio que no hay literatura hispanoamericana, sino literatura de españoles en América.²⁸

28 Roberto Fernández Retamar, *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*, Bogotá, Ediciones El Huaco, 1976, Páginas 57-58.



Es precisamente después de 1840 cuando surge una enérgica actitud de ruptura contra el neoclasicismo, o mejor seudoclasicismo, de la generación anterior, y aparece en el firmamento social una constelación de pensadores y poetas, entre los que es forzoso mencionar a Juan José Nieto (1804-1866), Florentino González (1805-1874), José Joaquín Ortiz (1814-1892), Manuel Murillo Toro (1816-1880), José Eusebio Caro (1817-1853), Julio Arboleda (1817-1862), Rafael Núñez (1823-1894), Miguel Samper (1825-1899) Salvador Camacho Roldán (1827-1900), José María Samper (1831-1888) conocida como la primera generación romántica colombiana.

Los unía el credo estético, la sensibilidad romántica y un ardoroso sentimiento de patria. Los separaba, sin embargo, el modo de ser románticos y los medios a utilizar para el logro de la paz, el orden y el progreso que afanosamente buscaron con la pluma y la espada. A riesgo de caer en simplificaciones de la realidad, puede hablarse de dos lenguajes y dos temperamentos románticos en Europa y América: un romanticismo conservador y un romanticismo liberal y revolucionario. El romanticismo conservador se identifica con la primera generación de escritores franceses, de ascendencia noble (el vizconde de Chateaubriand, Joseph conde de Maistre, Alfred conde De Vigny), contemporánea de los efectos devastadores de la Revolución, la que en su abominación del presente consumió sus energías en el empeño de la restauración del *ancien régime*. Ortiz, Arboleda, Caro, cofundador éste del partido conservador, se acogieron a esta tendencia de nostálgicos del pasado y defendieron unos con más fervor que otros la propiedad terrateniente y la esclavitud, y el poder de la Iglesia Católica y de la España monarquista y feudal.

Los románticos liberales se definen por sus orígenes provincianos y, en términos generales, por su modesta descendencia de comerciantes. A diferencia de la generación de Independencia no fueron militares ni partidarios del militarismo. Por el contrario, eran civilistas afectos a un orden civil, formados en las aulas universitarias o autodidactas, que igual que los conservadores aborrecían el presente, pero en nombre del futuro. Algunos viajaron al exterior y en el contacto con la vida de

Francia e Inglaterra se impregnaron del gran mundo de la civilización europea capitalista y de las modernas teorías económicas y de hacienda pública, al mismo tiempo que de las lecturas de los socialistas utópicos, Proudhon, Louis Blanc, Fourier, Saint Simon, y Robert Owen, quienes en la abominación del presente apostaban a una futura humanidad socialista. Frecuentadores de los poetas y de la literatura de ficción aquilataron su sensibilidad y su educación liberal en las lecturas de Lord Byron, de Shelley, Honorato de Balzac y Victor Hugo.

Con la mira puesta en ellos, más que en los románticos conservadores, escribió Luis Eduardo Nieto Arteta:

El romanticismo en nuestra virgen América fue un movimiento anticolonial, revolucionario, liberal. Produjo asimismo la formación de literaturas nacionales en las jóvenes repúblicas americanas. Afirmó, pues, desde su iniciación, sus finalidades sociales: destrucción de la colonia, afirmación de la economía liberal, enternecedora fe en el progreso industrial, adámico anhelo de un futuro libre de las insufribles asperezas de la vida colonial; fue, en consecuencia, un movimiento eminentemente social, y políticamente revolucionario.²⁹

Ninguna corriente en el arte y la literatura occidental ha alcanzado tanto cubrimiento en extensión geográfica, ni ha profundizado más en las capas sociales y tenido mayor duración histórica que el romanticismo. Comenzando porque es sólo a partir del romanticismo cuando empieza a hablarse de literatura universal, en la medida en que las trompetas de Jericó del capitalismo neocolonial derriban en Asia, África y América los muros que se oponían a su avance. La invención de las rotativas asociada a la era de la electricidad, al desarrollo de las comunicaciones ferroviarias y navieras, al incremento de la riqueza de las clases altas a través del comercio y a la extensión de la escuela en las clases bajas, convirtió al libro en mercancía de vertiginosa circulación y al productor de literatura en *hombre a letras*, en escritor profesional.³⁰ Por otra parte, la

29 Luis Eduardo Nieto Arteta. *Economía y Cultura en la Historia de Colombia*, Bogotá, El Ancora Editores, 1967. Página 130.



tanta la onda expansiva del romanticismo que su influjo rebasó las fronteras del siglo XIX. «Todo el siglo XX dependió artísticamente del Romanticismo afirma Arnold Hauser, pero el Romanticismo mismo era todavía un producto del siglo XVIII y nunca perdió la conciencia de su carácter transitorio y de su posición históricamente problemática».²⁰

Es verdad que el romanticismo convierte la literatura en un fenómeno internacional y de alguna manera vuelve al público consumidor en contemporáneo del escritor, incluso, en dictador del gusto literario; pero no lo es menos que la resistencia a la invasión extranjera y a la pérdida de las tradiciones regionales, propició el fenómeno contrario nada más que en apariencia: el nacionalismo literario. En Hispanoamérica, desde los días de la Independencia, la literatura aparece vinculada a los cruentos acontecimientos de las guerras y a la creación de las nuevas naciones. Parodiando a Clausewitz, la literatura era la continuación de la guerra por otros medios, o al revés. Nunca se sabrá, entonces, si era que los poetas debían entregarse al ejercicio de la guerra y el poder, o era que la élite de los gobernantes recurría a la literatura como herramienta proselitista de la lucha política. «En el siglo XIX –anota Jean Franco la literatura se concibió no sólo como instrumento de protesta social sino también como medio para modelar la conciencia nacional y crear un sentimiento de tradición. De ahí también que el afán del escritor por mostrar la originalidad de su cultura a menudo entrara en conflicto con los modelos europeos que inconscientemente aceptaba».²¹

En el trayecto tumultuoso del siglo XIX la literatura de Colombia y de Hispanoamérica salta de un modelo colonial a un lenguaje nacional pasando por pautas estéticas cosmopolitas. En el primer tercio de siglo y un poco más allá dominaron las corrientes neoclásicas (o seudoclásicas); en el segundo tercio imperó el romanticismo, con sus alas conservadora y liberal, ecuménica y nacionalista;

en el último se produjo una explosión de temas, lenguajes y movimientos heterogéneos, entre ellos el costumbrismo, el modernismo, el realismo y el naturalismo. Con la decantación de estas fórmulas, Hispanoamérica después de imitar y de asimilar influencias foráneas, mediante obras como *María* (1867) de Jorge Isaacs (1837-1895), *Cantos populares de mi tierra* (1877) de Candelario Obeso (1849-1884), *Cecilia Valdéz* (1882) de Cirilo Villaverde (1812-1894), *Aves sin nido* (1889) de Clorinda Matto de Turner (1854-1909), *El zarco* (1901) de Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893), en pos de la búsqueda de lo que había de esencial en su historia y en su idioma, se encuentra con su propia personalidad, con lo que el destacado erudito dominicano Pedro Henríquez Ureña denominó «la expresión americana». A propósito, el ensayista peruano José Carlos Mariátegui caracteriza acertadamente estas tres etapas:

Una teoría moderna –literaria, no sociológica sobre el proceso normal de la literatura de un pueblo, distingue en él tres periodos; un período colonial, un período cosmopolita, un período nacional. Durante el primer período, un pueblo, literalmente, no es sino una colonia, una dependencia de otro. Durante el segundo período, asimila simultáneamente elementos de diversas literaturas extranjeras. En el tercero, alcanzan una expresión bien modulada su propia personalidad y su propio sentimiento.²²

El cuento tal como se concibe y se escribe hoy es hijo del romanticismo. Los teóricos de la literatura y los académicos le han dado el nombre de cuento clásico y de cuento moderno para diferenciarlo de los primitivos conservados por la memoria popular y difundidos por la tradición oral, de los que circulaban en colecciones como el *Panchatantra*, *Lax Mil y Una Noches*, y en obras de autor con nombre propio, como *El Decamerón* de Giovanni Boccaccio (1313-1375) y los *Cuentos de Canterbury*, de Geoffrey Chaucer (1340-1400).

Los primeros maestros de este género, el alemán E.T.A. Hoffmann (1766-1844) y los norteamericanos Washington Irving (1783-1859), Nathaniel

20. Arnold Hauser. *En El Romanticismo alemán y el de Europa Occidental, de Historia Social de la literatura y el Arte* T. II.

21. Jean Franco. *La cultura moderna en América Latina*. México, Grijalbo, 1985. Página 23.

22. José Carlos Mariátegui. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. La Habana, 1963. Página 219.



Hawthorne (1804-1864) y Edgar Allan Poe (1809-1849) y el francés Charles Nodier (1780-1844), surgieron en la coyuntura de tránsito del siglo XVIII al siglo XIX, en el preciso momento en que salta en astillas el viejo orden monárquico en Francia, estalla la revuelta espiritual del romanticismo y el periodismo y las revistas emprenden una revolución democrática en la cultura de occidente. El cuento moderno, pues, aunque parezca sorprendente, brota en circunstancias históricas precisas y bajo la atmósfera de subversión de valores y de agitación social que caracterizan el nuevo siglo.

¿Pero a qué se le da el nombre de cuento moderno? Como las cosas son susceptibles de ser definidas por lo que niegan, el cuento moderno al revés del tradicional pone mayor énfasis en el narrador que en la aventura que narra. En la cuentística primitiva y tradicional lo que importa es la aventura, o serie de peripecias, que viven los personajes. El cuento deviene en narración individual e individualista, en confesión, en testimonio, centrado en la preocupación del narrador por desnudar los movimientos interiores de su propia conciencia. Por supuesto que el argumento y la trama de esta clase de relatos son en sí mismos significativos, pero cuenta quizá más la manera como los eventos afectan la psicología del protagonista, que a menudo es el mismo narrador.

El cuento tradicional y en mayor medida el cuento primitivo y folclórico refieren lo que ocurre a otros, imponen distancias entre el narrador que cuenta la historia y los acontecimientos narrados. Ilustremos con un ejemplo extremo: nadie puede asociar a «Caperucita roja» con Charles Perrault (1628-1703), el autor que la recogió de la tradición popular; ni a Masetto de Lamporechio, el personaje aquel que se finge mudo en *El Decameron* para holgar con las monjas del convento, se le puede confundir con la persona de Boccaccio. Los relatos escritos y orales anteriores al romanticismo, comenzando por el hecho mismo de que son narrados en tercera persona, revelan acontecimientos que desde luego nos incitan y conmueven, pero proponen una realidad que está imaginariamente muy lejos en el tiempo y en el espacio del narrador y sus lectores u oyentes. Es bueno tener

presente que muchos de aquellos relatos van con la frase formularia: Había una vez un reino lejano...

Y lo que sucede es que el romanticismo con el descubrimiento y la revelación del yo y en la inauguración de la subjetividad y el hombre como la medida de todas las cosas casual que las más penetrantes indagaciones la interioridad humana se le deban a S. Freud (1857-1939), hijo y heredero del rito y padre del psicoanálisis. Por otra parte la corriente estética reivindica los derechos y los individuales, la libertad de elección de creencias y de conciencia, el derecho a la vida y el culto exacerbado del heroísmo in-

Probablemente en materia de contenido predomina la tendencia a la exaltación de la individualidad por lo tanto de la subjetividad y del suelto desenfreno de los instintos y la imaginación. El rasgo más sobresaliente del cuento moderno como los géneros literarios no se definen por sus contenidos sino por sus formas, la característica relevante de la prosa narrativa breve es la vertiginosidad de los incidentes en torno a un efecto único.

Como se sabe, es Edgar Allan Poe, quien en 1842, en el prólogo al libro *Twice told* de Nathaniel Hawthorne, quien echa las bases de la nueva forma narrativa:

Un hábil artista literario ha construido un relato prudente, no habrá elaborado sus pensamientos para ubicar los incidentes, combinándolos de manera que mejor lo ayuden a lograr el efecto deseado. Si su primera frase no tiende ya a la producción de dicho efecto, quiere decir que ha fracasado en el primer paso. No debería haber una sola palabra en toda la composición cuya tendencia, directa o indirecta, no se aplicara al designio preestablecido, esos medios, con ese cuidado y habilidad, se logran como si se tratara de un cuadro, se logra al fin una pintura que deja en la mente del espectador un sentimiento de plena satisfacción. La historia del cuento ha sido presentada sin mácula, pues no ha sufrido ninguna perturbación; y es algo que la historia no puede conseguir jamás.³³

33 Edgar Allan Poe. *Hawthorne y la teoría del efecto* es citado por Julio Cortázar en "Algunos aspectos de



Bajo los auspicios del romanticismo el cuento cobra la mayor dignidad literaria en la literatura occidental, pero transcurrido ese período de desasosiego espiritual y encauzada la sociedad por rumbos de optimismo político y progreso económico, los lectores reclamaron una literatura centrada en las nuevas realidades del desarrollo capitalista. La novela, y al lado de ella el cuento, se convirtieron en el sísmógrafo que fue registrando las convulsiones que agitaban el cuerpo social, y de esa manera las historias que no cabían en las grandes construcciones narrativas, al estilo de la *Comedia humana*, de Balzac; de *La guerra y la paz* de Tolstoi; de *Washington*, de Walter Scott; de *Moby Dick*, de Herman Melville, encontraron su medida en la forma nerviosa del cuento. Estos mismos autores espigaron con éxito en el género cuentístico, y con ellos los grandes narradores del siglo XIX, entre los que cabe mencionar a Villier de L'Isle Adam, Guy de Maupassant, Antón Chejov, Robert Louis Stevenson, Joseph Conrad, Ambrose Bierce, Jack London, empeñados no tanto ya en caminar a tientas en la galería fantástica de la psiquis individual, sino en explorar con las luces de la crítica los conflictos de ese individuo inerte y desamparado en un mundo cada vez más complejo. Así el cuento social desplaza al cuento fantástico.

El cuento latinoamericano culto del período temprano no se acoge al modelo recién sugerido por Poe ni entra en la corriente renovadora representada por los autores aludidos, sencillamente porque, la mayoría de ellos no estaban todavía inculcados al castellano y quizá el interés de los lectores estaba puesto en la lectura de Chateaubriand, Lamartine, los Dumas, Víctor Hugo, etc. Por tal circunstancia, el relato breve aparece contaminado de su forma tradicional cultivada desde sus orígenes en España por don Juan Ruiz Arcipreste de Hita (¿1280|350?), el Infante don Juan Manuel (1282|348) Juan de Timoneda (1520|583) y Miguel de Cervantes Saavedra (1547|1616), hasta sus cultivadores en el siglo XIX, entre otros, los mismos costumbristas y realistas

Mesonero Romanos, Estébanez Calderón, Larra, José María de Pereda (1833|1906), Emilia Pardo Bazán (1851|1921). Así, procedimientos narrativos de genuina raigambre castellana entroncan con el cuadro de costumbres y la leyenda cultivados en la España de principios de este siglo.

«El matadero» (1838) del argentino Esteban Echeverría (1805|1851) y «María Dolores o la historia de mi casamiento» (1841) del colombiano José Joaquín Ortiz (1814|1892), arrastran elementos de la culta y a la vez popular tradición medieval española, que se hibridan con el imaginario político y social que sucede a las guerras de emancipación. El cuento hispanoamericano culto en su momento inicial se inserta, pues, en el hilo de la tradición clásica española desde el punto de vista de los modos de narrar, pero adquiere el temperamento nervioso de los nuevos tiempos y asume en su abierto cauce los conflictos de la vida contemporánea con tonos irónicos y caricaturescos. Aunque lo cierto fue que la impregnación costumbrista le impuso al cuento un lastre tan pesado que le restó aire y vuelo a la potencialidad creadora de los narradores y postergó el florecimiento del género cuentístico a la manera de Hofmann, de Poe, de Irving y de Hawthorne hasta finales del siglo XIX, o principios del XX.

Todos los escritores colombianos de mediados de la pasada centuria —conceptuó don Rafael Maya cualesquiera que fuesen sus ideas políticas y su extracción social, escribieron cuadros de costumbres, como si aquello fuese una obligación profesional, o una consigna del destino. El género llegó, en esta forma, a vulgarizarse y a degenerar en pintura trivial de cosas más triviales todavía... Por otra parte, el costumbrismo, como todas las formas literarias, arrojaba una buena cantidad de ripios, de frases hechas y de expresiones convencionales inmediatamente aprovechadas por los cultivadores adocenados del género, que simplificaban su tarea, prescindiendo de todo propósito ulterior. Bastábales con ser fieles a lo anecdótico. Así se explica la escandalosa proliferación del género.³⁴

³³ *Del cuento y sus alrededores*, de Carlos Pacheco y Luis Barrera Linares (compiladores), Caracas, Monte Ávila Editores, 1993. Página 344.

³⁴ Rafael Maya, «El costumbrismo en Colombia, una modalidad del pensamiento nacional», en *De perfil y de frente*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1975. Página 140.

